

SOBRE LO FEMENINO

Los lectores de Sur han seguido con interés la polémica suscitada en torno al artículo donde el Sr. Sabato expuso su concepción metafísica del sexo. Posteriormente, el mismo autor dictó una conferencia sobre tal tema en el Instituto de Arte Moderno, la cual sólo fué un síntesis de su anterior artículo. Ciertas particularidades que en ella se pudieron apreciar me parecen dignas de comentario. El Sr. Sabato comenzó por hacer largas lecturas del libro de Weininger¹, y eligió para ello con particular cuidado, aquellos párrafos que se podrían calificar como culminantes, es decir, los más desconcertantes y espectaculares, pero que no constituyen, por cierto, lo fundamental del libro. Logrado el suspenso en la sala, el Sr. Sabato, después de aclarar que no compartía las opiniones de Weininger, nos reprodujo su artículo, aunque con menos rigor expositivo. Pareció que trataba de adecuarse a la mentalidad del público que seguramente debía ser incapaz de seguir una coherente y seria disertación, a juzgar por la manera en que era tratado.

Del artículo, sin pretender agotar su análisis, podrían hacerse varias objeciones. En primer lugar, recae en la típica abstracción que consiste en oponer el hombre a la mujer como ideas platónicas inmutables, concepción cuya forma más acabada y audaz fuera elaborada por Weininger. En éste, sin embargo, hay un profundo respeto por todas las formas intermedias que los hombres y mujeres empíricos representan, para quienes exige la libertad de manifestarse espontáneamente en sus modalidades originales. Sabato, pese a admitir una bisexualidad latente en todos los seres humanos, permanece en un estrecho planteo. Confiere a la mujer las eternas cualidades del irracionalismo y el realismo, el apego a lo concreto y la inmersión en lo carnal, con lo cual no hace sino dar forma moderna y "racional" a todos los mitos que hicieron de la mujer el símbolo de la fecundidad, de la tierra, del caos, de la agricultura. La mujer está encerrada en ese destino biológico, y son

¹ Otto Weininger, *Sexo y Carácter*.

risibles las feministas que quieren igualarla al hombre, sacarla de ese "magma carnal", pues eso es masculinizarla. La mujer debe permanecer hundida en el caos indiferenciado; todo intento por salir de él es desvirtuar la esencia femenina. En el arquetipo masculino, las notas diferenciales resultan del esfuerzo lógico, racional y consciente por liberar su individualidad de la carne, por construir otra realidad. El cumplimiento de esa tendencia esencial lo llevó a crear esta civilización moderna a la Sabato acusa de racionalismo, etc. La única solución para salvar a este mundo masculino es feminizarlo por una integración en el hombre de lo abstracto y lo concreto, "tocar la tierra madre", volver a la mujer que representa la unidad. Frente a esta solución, nos preguntamos cómo el hombre podrá sobrevolar su esencia, cómo abandonará su destino biológico, vuelo que a la mujer no le estaba permitido so pena de perder su más íntimo ser. Si la primera no podía dejar el mundo de la especie, de lo germinal, ¿podrá el hombre sin desvirtuarse volver a él, cuando su ser parece estar hecho para la soledad, la ruptura, la escisión de la realidad en dos incommunicables departamentos? ¿Qué esencia sería ésta que podría abandonarse tan fácilmente? La coherencia de la teoría me parece exigir que o los dos arquetipos sean tales (y por lo tanto imperativos) o que no exista arquetipo.

El autor no se propone averiguar hasta qué punto la caracterización que hace de los sexos es innata o responde a situaciones sociales y culturales y en qué medida la sociedad está interesada en que esa averiguación no se realice. Estudios psicológicos y antropológicos han demostrado que la mayoría de las modalidades psicológicas atribuidas al sexo responde a condiciones impuestas por el trabajo, la tradición, los hábitos de vida, los intereses comunitarios.

Dice Viola Klein¹: "Si bien la época actual es un período transicional y los efectos de la tradición son todavía muy fuertes, ya se va haciendo claro que cuantas más funciones, antes reservadas al hombre, desempeña la mujer, tanto mayor es en general el número de rasgos antes conceptuados masculinos que ésta desarrolla. Por eso resulta cada vez más evidente que esos rasgos no son efecto de caracteres sexuales innatos sino del papel social, y que cambian de acuerdo con éste".

Y Margaret Mead²: "Hemos supuesto que porque conviene a una madre el deseo de cuidar a su hijo, éste es un rasgo con el cual las mujeres han sido dotadas en forma generosa

¹ Viola Klein, *El carácter femenino*.

² Margaret Mead, *Sexo y temperamento*.

por un proceso cuidadosamente teleológico de evolución. Hemos supuesto que, porque los hombres han cazado, actividad que requiere espíritu de empresa, valor e iniciativa, han sido dotados con esos útiles atributos como parte de su temperamento sexual". Ambas autoras apoyan sus afirmaciones en cuidadosas investigaciones; la última directamente en primitivos actuales sometidos a observaciones antropológicas que le permiten llegar a consideraciones muy interesantes sobre la caracterización de los sexos.

Creemos que los arquetipos de la femineidad responden al proceso de racionalización por el que las sociedades masculinas asignan un papel determinado a la mujer de acuerdo con los intereses que rigen a esa comunidad. Si las mujeres aceptan este papel como el propio sin rebelión, se debe a los medios puestos en práctica para imponerlo, y que, más poderosos que la obligatoriedad legal o la imposición por la fuerza, lo presentan como lo natural, lo ideal o lo moral. Los seres humanos en general, tienden a ser aquello que se espera que sean y la mujer en particular difícilmente se arriesgará a dejar de ser "mujer" para la sociedad en que vive.

En Sofía Kovalewski, Sabato encuentra el ejemplo adecuado para demostrar sus ideas respecto a la ausencia de una orientación intelectual en la mujer. Admite que en Sofía se da la mentalidad genial del creador y no obstante sigue considerándola un caso ejemplar de la falta de vocación femenina por el trabajo intelectual desinteresado. Para afirmarlo se apoya en el hecho de que Sofía fué llevado a las matemáticas por el amor a un hombre. Luego, si fué genial, no lo fué por ella misma, sino por el hombre. Ante esta conclusión tan evidente, uno se pregunta ¿por qué no se limitó a serle adicta como la mayoría de las mujeres, en el plano doméstico o sentimental? Y además ¿por qué el estímulo recibido por Sofía del amor por un hombre para su trabajo intelectual iría en desmedro de su auténtica capacidad creadora? Es sabido que toda actividad humana está dirigida por estímulos. Sería muy interesante, como afirma Viola Klein "emprender una investigación acerca del efecto que la falta de estímulo tiene sobre la creación femenina, ya que la psicología moderna tiende cada vez más a acentuar la importancia que tiene el estímulo sobre la realización - sea en forma activa o a través de una pauta cultural que aliente la individualidad". "El mérito otorgado a la conformidad con las convenciones dadas y el oprobio que acompaña a todas las desviaciones de la norma, elementos principales de la educación femenina, han inhibido la expresión de todo el talento que puede haber existido. El alcance real de

este efecto no puede medirse, por supuesto, ya que su verdadera naturaleza consiste en frustrar y privar de sus medios de expresión a aquellos a quienes más fuertemente ha afectado”.

Quizás el único estímulo que podía recibir una mujer, años atrás, en su trabajo, era acompañar a un hombre en sus intereses. Más adelante cita Sabato afirmaciones de la misma matemática sobre el vacío de su existencia y la inutilidad de la ciencia. Me asombra que para Sabato sea expresión de la “naturaleza femenina” una queja que ha llevado a muchos pensadores actuales al irracionalismo y al escepticismo con respecto a los valores de lo intelectual.

En cuanto a su crítica al feminismo, porque conduce a la masculinización de la mujer, se puede convenir en que dicho problema estuvo mal enfocado y en la actual necesidad de replantearlo. Pero un anatema como el de Sabato ¿a qué conduce a la mujer? Si no lucha primero por la igualdad de derechos, aun en esta civilización masculina ¿cómo podrá manifestarse tal cual es? ¿Propone concretamente alguna solución para la vida de la mujer? ¿O le satisface su condición actual de servidora de los intereses masculinos? Se nos hace difícil admitir que el Sr. Sabato, preocupado por el problema de lo sexual, después de criticar al feminismo, no presente una solución mejor que ésta.

Ante especulaciones de esta naturaleza, el pensamiento que surge inevitablemente es el de su inutilidad. Parecería que no es demasiado difícil, cuando quien se lo propone posee un talento ágil, conocimientos variados y vivacidad expositiva, decir cosas originales y desconcertantes sobre la mujer, tema que parece prestarse inagotablemente para hacer filosofía de salón, que no es lo mismo, evidentemente, que abordar el asunto con el honesto ánimo de dar el resultado de meditaciones personales, de orientar, de descifrar enigmas generosamente. Si es fácil hacer paradojas, cubrir con palabras problemas no resueltos y darle forma nueva a prejuicios viejos, mucho más difícil parece ser resolverse a dejar de jugar con las ideas y a buscar veracidad.

Su modo de entender lo femenino, peso a la advertencia repetida de que se trataba de una apología de la mujer, muestra una absoluta falta de realismo. La ausencia de comprensión de esos problemas se hace evidente en las comparaciones abstractas y arbitrarias a las que recurrió (en la conferencia) como, por ejemplo, su referencia a la Edad Media, o la ubicación de la mujer en el misterio informe de la tierra, que no por tener tal alusión un fuerte sabor telúrico y ser recuerdo de viejos tabús, sonaba menos falso que lo anterior.

Falta en su concepción de lo femenino, el sentimiento de la mujer como una modalidad de existencia que exige una vital y concreta simpatía y no divagaciones literarias.

Falta, en suma, la exigencia que Sartre plantea al escritor: el compromiso. En la conferencia, por ejemplo, el público de Sabato, si por casualidad no lo era, debía sentirse íntimamente burgués y ocioso, único justificativo que podría encontrarse para hablar de cualquier problema humano con una desaprensión tal.

Creemos que un problema de esta índole no puede ser tratado con el exceso de sobreestimación masculina, superficialidad y vaguedad que reprochamos al autor. En nuestro país se conocen ya varias obras admirables por su seriedad y buena fe. En estos libros (me refiero especialmente a los de Viola Klein, Margaret Mead y Simone de Beauvoir) posiciones como las de Sabato y como las de sus fuentes son analizadas largamente y refutadas en lo que tiene de parciales y en los motivos que ocultan detrás de tan apabullante racionalidad.

REGINA E. GIBAJA